

protestantes alemanes contra Carlos Quinto, y complacerse con las sátiras mordaces de Erasmo; además la asamblea del clero francés declaró en Tours que el rey podía hacer la guerra al papa y ejecutar los decretos del concilio de Basilea; en fin, la universidad condenó el libro en que Tomás de Vio sostenía que el papa es el monarca absoluto de la Iglesia. Francisco I dejó también escapar, en un momento de despecho, la amenaza de jugar al papa una traición, separándose de la Iglesia; pero el nuncio le contestó: «Señor, vos perderiais más que el papa, pues una nueva religión exige nuevos príncipes.»

Francisco, pues, no pasó a vías de hecho; y si bien es cierto que en un principio desaprobó altamente el modo de proceder de los parlamentos y la inquietud de los innovadores al ver que los mismos escesos se reproducían en Alemania, se rompían las imágenes, se ensalzaban los sacrilegios y surgían turbulencias por todas partes, cambió de opinión; y á disgusto de su querida hermana Margarita, conquistada por las nuevas doctrinas, se dejó convencer por el parlamento y la Sorbona de la necesidad de perseguir á los calvinistas, especialmente desde el momento en que dejaron traslucir sus sentimientos republicanos. Los primeros mártires de aquella causa en París y en los Alpes, ya hemos visto cuáles fueron, y deplorado su suerte (11).

Luisa de Saboya, regente durante el cautiverio del rey, desplegó aun mayor severidad, animada como lo estaba por el canciller Duprat. Las iglesias que se habían establecido ya en Meaux, en Montbeliard y en Lyon, sucumbieron á las decisiones de la Sorbona y á los procedimientos criminales del parlamento.

Impulsado Enrique II por su propio celo, por el cardenal de Lorena y por Diana de Poitiers, aumentó los rigores del reinado anterior dejando establecer una inquisición, y cámaras ardientes, que abandonaron toda legalidad. Los magistrados corregían tanto como les era posible semejantes escesos, despidiendo absueltos á muchos condenados, aunque Enrique II se presentó con frecuencia armado en las audiencias. Resultó de esto que la reforma, combatida á la vez por la verdad, por la incredulidad y el libertinaje, no tuvo en ningún país mas mártires que en Francia; vióse precisada á andar errante por lugares desiertos y reclutar en silencio adeptos en las provincias, antes de atreverse en la capital.

Aumentaba el número de los disidentes con las persecuciones. Estimulados por los calvinistas de Ginebra, se reunían á cantar los salmos traducidos al francés por Marot, y pronto fundaron en París, y después en otras ciudades, iglesias por el modelo de Ginebra (1551). Los príncipes de Borbon los favorecían y los de Alemania les evitaban todas

(11) Véase la pág. 76.

las persecuciones; pero habiendo asaltado el pueblo su iglesia de París, los que no pudieron abrirse paso con el acero en la mano fueron cogidos, y algunos ejecutados.

En este estado de cosas, fué muerto Enrique II justando en un torneo (1556); y débil juguete de las mujeres y de los partidos, dejó á Francisco II de edad de diez y seis años, no menos débil que él, con las rentas agotadas y un reino lleno de turbulencias. Las facciones religiosas crecieron entonces asociándose á los intereses y á las diversas pasiones. Una de ellas tenía á su cabeza á los seis hermanos de Guisa (12) poderosos con el apoyo de España y el matrimonio de Maria Estuardo, su sobrina, con el rey. Se unían además al pueblo distribuyendo pensiones y condecoraciones, y personalmente el duque Francisco era muy popular por haber conquistado á Calais del poder de los ingleses en ocho días.

La facción de los príncipes de la sangre tenía á su cabeza á Antonio de Borbon, rey de Navarra; á su hermano Luis, príncipe de Condé; á Francisco de Coligny, coronel de infantería, y principalmente á un hermano suyo, el almirante Gaspar de Coligny, cuñado de Guillermo de Orange, enemigo mortal de los Guisas por interés, ambición y religión; profundo político, demócrata tenaz en medio de la arrogancia aristocrática: «Señor, decía, haced la guerra al rey de España, ó nosotros os la haremos.»

Catalina de Medicis.—Catalina de Medicis, sobre quien pesa todo el odio de los franceses, que veían encarnadas en ella la astucia y la crueldad de los italianos, una corrupción calculada, una fría crueldad y una política egoísta y ruinosa para la Francia, representaba un gran papel además en el partido toscano: unida al príncipe por razones de política, se veía despreciada por su marido, que la posponía á su amada. Salía de improviso de una situación humilde, bella, llena de majestad en el vigor de sus años, amaestrada en la desgracia é irritada por las humillaciones, dominadora, y sin embargo amada de sus hijos, invencible en el arte de fascinar los ánimos, pensó, no en la ventura de un pueblo que no era el suyo, no en la conservación de una fe que no llevaba en el corazón, sino en su propio dominio; y sin embargo de esto contribuyó á conservar la Francia, en una época en que tan fácilmente podía haberse fraccionado, ó caído bajo el yugo de una tiranía semejante á la española. Siempre llevó los lutos de viuda; y no obstante, su

(12) El primer duque de Guisa fué Claudio de Lorena, muerto en 1550. Dejó seis hijos: Francisco, duque de Aumale, después de Guisa; Carlos, cardenal-obispo de Metz, luego arzobispo de Reims; Claudio, duque de Aumale desde 1550; Luis, obispo de Troyes, después cardenal-obispo de Metz; Francisco, gran prior de la orden de Malta y almirante de Francia; Renato, origen de la casa de Elbeuf.

detractor Brantome la acusaba de malas costumbres, porque toleraba las de los demás. Era tan poco enemiga de la religión reformada, que muchas veces hacía que en su cámara, mientras estaba á la mesa (13) la predicasen un sermón; hizo que al joven Carlos IX le predicase el obispo de Valence con la misma claridad que si estuviese en Ginebra. Dejemos á un lado las convicciones; como el gran enemigo de Francia Felipe II era jefe de la fracción católica, Francia debía aliarse con los protestantes, que era la fracción á cuya cabeza figuraron los reyes precedentes. Pero los calvinistas cesaron de ser una escuela para convertirse en una bandera peligrosa; por lo que Catalina conoció que no podía conservar el país, sino contando con el mayor número, es decir, con los católicos. Aunque odiaba á los Guisas, se entendió con ellos para suplantar á Diana de Poitiers y al condestable Ana de Montmorency que la sostenía. En efecto, la antigua favorita fué desterrada, el condestable se unió á los Borbones, el rey de Navarra fué acogido con una estremada frialdad, que justificaba su debilidad; y los Guisas, ascendidos á los principales empleos (14), atacaron á los religionarios, cuyas asambleas se prohibieron bajo pena de muerte.

La oposición aumentó el fanatismo de los reformados que del nombre de los federados suizos (*eidgenossen*), se titularon *hugonotes*. Autorizados con la decisión de los jurisconsultos y teólogos á tomar las armas, colocaron á su cabeza al príncipe de Condé (1560), á quien se le dió por teniente á Jorge de Barry, señor de la Renaudie; propúeserose por objeto de derribar á los extranjeros, es decir, á Catalina de Medicis y á los príncipes loreneses, pedir al rey la libertad del culto, y en el caso en que se negase á ello, tomar á Blois, prender á los Guisas, y precisar á Francisco II á elegir al príncipe de Condé por lugarteniente del reino.

En vano los Guisas, advertidos por cartas precedentes de fuera, condujeron al rey á Amboise, é hicieron publicar una amnistía en favor de los

(13) Carta del nuncio Santa Croce, 13 de noviembre de 1561, en las *Actes eccles. civil. et syned.* Tom. I.

Duplessis-Mornay dice que el señor Feuquieres y otros celosos católicos «se fesoient faire la presche en la chambre de la reine mere du roy pendant son disner, estant aydes á ce faire par ces femmes de chambre, qui estoient secretement de la religion.»

(14) Véanse CATARINO DAVILA, *Hist. de las guerras civiles en Francia*. Contemporáneo y actor en ellas.

CARLOS LACRETELLE, *Hist. de la Francia durante las guerras de religion.*

ANQUETIL, *Espíritu de la liga.*

CAPEFIGUE, *Hist. de la reforma.*

Las *Memorias* de MIGUEL DE CASTELNAU, desde 1559 hasta 1570; de TAVANNES, desde 1530 hasta 1573; de BRANTOME, y las *Memorias de las reales economías de Estado*, por MAX. DE BETHUNE, duque de Sully.

reformados, escepto de los predicadores, declarando suspensa toda persecución hasta el primer concilio general: atacaron los conjurados á Amboise, pero fracasaron, y los que fueron cogidos, perecieron en número de doscientos, unos en el cadalso y otros en las aguas del Loira. El príncipe de Condé, á quien su categoría hacía superior á los procedimientos comunes, protestó de su inocencia, y arrojó su guante en señal de desafío al que lo desmintiese. Fué, pues, absuelto, y se retiró con la venganza en el corazón. Los demás confesaron que habían conspirado, pero únicamente contra la perversa administración de los Guisas. Condenados á muerte, sumergieron sus manos en la sangre de los que habían sido inmolados, y profirieron terribles imprecaciones contra Catalina, sus hijos, Maria Estuardo y las damas de su comitiva, que todas asistían á su suplicio como á un agradable espectáculo. Al mismo tiempo los calvinistas fueron perseguidos por el furor del pueblo: apenas dijo el parlamento de París: *Corred contra los herejes*, cuando los demás parlamentos lo repitieron, y por todas partes estalló la guerra civil, tanto más horrible, cuanto fué mandada por la religión. Un procurador del rey obligó á sus colegas á condenar á muerte á su propio hijo, y le hizo ahorcar á su vista como el Bruto de la antigüedad.

Hospital.—Miguel del Hospital, hombre íntegro y elocuente, que prefería la patria y la verdad al reconocimiento, es el tipo de aquellos grandes caracteres que sostuvieron bajo el despotismo, el honor de la magistratura francesa. Elevado por Catalina al puesto de canciller, fué autor de excelentes edictos, que aun en tiempos tan miserables, prepararon el bien para lo futuro. Pero aquel hábil piloto, llamado á dirigir el timón en medio de una espantosa tormenta, probó que la prudencia es impotente contra las pasiones desencadenadas. Como los Guisas, quería fortificar la inquisición, dió la idea de un decreto, bajo cuyos términos los obispos estaban encargados de formar el proceso á los herejes, y los parlamentos obligados á ejecutar las sentencias. Esta innovación escedía las atribuciones del consejo; pero no había procurado más que separarlos de un proyecto homicida. En efecto, tanto los católicos como los protestantes clamaron contra este edicto; el parlamento se negó á inscribirle en sus registros á menos que no se viese precisado á ello; y el descontento general recayó sobre Hospital, que no temiendo esponerse á las maldiciones, decía: «El edicto no se sostendrá. ¿Pero una vez establecida la inquisición cuándo cesará?»

Habiendo sido convocados los notables por su consejo en Fontainebleau (2 agosto de 1560), el almirante de Coligny se declaró jefe de los calvinistas, y presentó eu su nombre una súplica, en la cual protestando su fidelidad, reclamaban del rey la libertad del culto, y que cesasen los procedimientos. Como hiciese notar el duque de Guisa que la petición no llevaba ninguna firma: «Dentro

de un momento, contestó el almirante, se verá cubierta con diez mil hombres.—¡Pues bien! yo, replicó el duque, presentaré una en contra, y cien mil personas la firmarán con su sangre.» Habiendo sido apoyada la petición por varios obispos, se convocaron los Estados generales en Orleans, y en el interin se suspendieron las ejecuciones. Hospital, que había aconsejado reunir los Estados, esperaba que se mostrasen moderados; pero los Guisas se sirvieron de ellos como de un lazo para apoderarse de sus enemigos.

Apenas llegaron con un salvo-conducto, cuando el rey de Navarra fué preso con centinelas de vista, y Condé puesto en el tormento y condenado á muerte. Debía ser ejecutado el día de Navidad, á la apertura de los Estados: allí los Guisas, teniendo en sus manos á los jefes de los hugonotes, los hubieron precisado á firmar una profesión de fe, que habría sido obligatoria para todo el reino; y estirpado con un sólo golpe, como decían, la rebelión y la herejía.

Felizmente para los calvinistas murió el débil Francisco II á la edad de diez y siete años (1560). Habiendo tomado las riendas del gobierno Catalina de Médicis, en nombre de Carlos IX, su hijo segundo, que no tenía más que diez años, dió libertad al príncipe de Condé, que fué declarado inocente. Prometió al rey de Navarra el título de lugarteniente general del reino, y aunque conservando á los Guisas, llamó al condestable, celoso católico, y aceptó los consejos del almirante, protestante declarado.

Bajo estos auspicios se abrieron los Estados generales. Hospital presentó á ellos un cuerpo de legislación sobre toda la administración pública, obra inmensa que se discutió y votó en menos de dos meses, y cuya parte relativa al comercio fué adoptada por todas las naciones dedicadas al tráfico. Apenas se puede creer que un hombre sólo haya podido bastar á semejante trabajo en tiempos tan agitados, y esto cultivando las letras, y hasta consiguiendo formarse un nombre entre los mejores poetas latinos de su época. Exhortaba á cada uno á no pensar más que en el bien del gobierno, sin escepcion de persona. «Olvidemos, decía, esas designaciones diabólicas, esos nombres de partido y sedición, de luteranos, hugonotes y papistas: no cambiemos el nombre de cristianos.» Las rentas estaban en gran desorden, y la deuda ascendía á 43.000.000 al interés del 12 por 100. Pero como los Estados querían que se rindiesen cuentas de las sumas gastadas en los reinados anteriores, los Guisas hicieron disolver la asamblea: cuando se reunió después en Pontoise, se probó que la Iglesia poseía en bienes raíces, sin contar los edificios, 4.000.000 de rentas, que en el día, equivalen á cuatro veces más; en su consecuencia se propuso venderlos, para emplear 48.000.000 de los 120 que se suponía poder sacar, en el sostenimiento del clero, y aplicar lo restante á las necesidades del Estado. Asustado el clero, ofreció

abandonar para la estincion de las deudas públicas, las cuatro décimas partes de sus rentas; y las demás órdenes concedieron á la corona un nuevo derecho sobre las bebidas, que produjo 1.200.000 libras.

Suscitáronse clamores contra los calvinistas, pero no juzgando Catalina oportunos los rigores en aquel momento, les concedió el perdón de lo pasado; debían, sin embargo, si no se convertían, salir del reino bajo pena capital. En este estado de cosas, el mariscal de San Andrés, el condestable de Montmorency y el duque de Guisa organizaron la Liga á sugestion de Felipe II, entonces se reanimaron los partidos con ardor, y no se escucharon á los moderados.

Coloquio de Poissy.—Catalina había escrito á Pio IV (1561) pidiendo hiciese algunas concesiones á los protestantes, cuyo número iba siempre en aumento: por ejemplo, suprimir en el culto las imágenes, y en el bautismo el exorcismo y la saliva; permitir á los seculares comulgar con el cáliz, simplificar la misa, emplear la lengua francesa en la liturgia, y abolir la festividad del Sacramento. Propuso también una conferencia en Poissy, para ensayar la union entre los partidos. Pedro Mártir Vermiglió y Teodoro de Beza fueron encargados por el rey de Navarra de sostener la discusión contra el cardenal de Lorena y Claudio Despense, doctor de la Sorbona. Los príncipes de la sangre asistían al coloquio; pero la discusión no produjo, como las demás, ningun resultado. Ambos partidos cantaron victoria, y ni uno ni otro se encontraron dispuestos á hacer concesiones: probando de esta manera la verdad de esta palabra del príncipe de Condé en su prision: «No hay otro arreglo que la punta de la lanza.»

Sin embargo, los calvinistas cobraron ánimo; tuvieron asambleas públicas, y ya contaban dos mil quinientas iglesias; pero los Guisas consiguieron despertar la ambición acallada del rey de Navarra prometiéndole hacerle recobrar el reino que había perdido: reunióse, pues, al triunvirato de sus enemigos, que complicando á la corte en sus maquinaciones, arrebató toda influencia á la reina. Resuelta Catalina á dominar, se unió al príncipe de Condé, y por consejos de Hospital, concedió á los protestantes la facultad de ejercer su culto (enero de 1562), pero fuera de las ciudades, y sin inquietar al católico.

Estas medidas á medias y estas vacilaciones produjeron en Francia el mismo efecto que en Alemania. Antonio de Borbon, tan ambicioso como débil, descontento con ver á su hermano el príncipe de Condé ocupar el primer lugar entre los calvinistas, cuando él mismo se encontraba despreciado de los suyos y de sus enemigos, se hizo el adversario furioso de la nueva religion: hiciéronse más atrevidos los Guisas, y llamaron en su ayuda al duque; pero habiendo insultado sus agentes en el camino que seguían (1.º marzo de 1562), á los calvinistas reunidos en un oratorio cerca de

Vassy en Champagne, llegaron á manos, y la primera sangre vertida convirtió las obstinaciones de cuarenta años en una guerra que duró treinta, y causó á la Francia mayores males que á cualquier otro país (15).

(15) El embajador Marco Antonio Bávaro dirigía en 1565 á la señoría de Venecia un informe sobre estos acontecimientos. Está impreso en el tomo II de las *Relaciones de los embajadores venecianos sobre los asuntos de Francia*. Paris, 1838. Juan Correr la tuvo al corriente de los hechos que se siguieron en 1569.

«Encontré á aquel reino en gran confusión, siendo la causa la diferencia de religion (convertida casi en dos facciones y en enemistades particulares) de cada uno, sin tener en cuenta el parentesco ni la amistad, aprestaba el oído, y escuchaba lleno de desconfianza, de qué lado nacía algun rumor. Los hugonotes temían, los católicos temían, el príncipe temía, y los súbditos temían. A decir verdad, el príncipe temía aun más, y mucho más los católicos que los hugonotes. En efecto, habiéndose hecho éstos atrevidos y hasta insolentes, se inquietaban poco con los edictos de pacificación y otros mandatos reales. Procuraron por todos los medios posibles propagar y estender su religion, predicando en diferentes lugares prohibidos, y hasta en la ciudad de Paris, donde el pueblo es tan devoto (excepto un pequeño número) y tan hostil á ellos, que puedo afirmar con razon, que no hay en diez de las más grandes ciudades de Italia, tanta devoción ni tanto odio contra los enemigos de nuestra fe. Sin tener nada de esto en cuenta, se reunían en casas particulares, y en lugar de campanas, se llamaban de noche con tiros de arcabuz. Los católicos, por el contrario, se mantenían respetuosos, y la serenísima reina, atemorizada con el recuerdo de las sublevaciones pasadas, no se atrevía á hacer ninguna cosa por la que los hugonotes pudiesen concebir la menor sospecha. Aparentando, por el contrario, no ver lo que hacían, los toleraba con paciencia, los acogía afablemente, y les concedía dones y favores con aparente benevolencia. Su majestad creía (como ellos mismos me lo han dicho muchas veces) hacer, por estos medios, que permaneciesen satisfechos y tranquilos. Esperaba, tratándolos de esta manera, el que se consumiera con el tiempo el humor, que consideraba más bien como ambición y deseo de venganza, que como efecto de religion. Esperaba también que la obediencia se aumentaría á medida que el rey entrase en años, y los sediciosos no tendrían ya tan fácil ocasion de rebelarse contra él.

»Bajo este nombre de hugonotes, se comprenden tres clases de personas, á saber: los grandes, las personas de la clase media y los pequeños: los grandes han seguido esta secta por ambición y por el deseo de vencer á sus enemigos; las personas de la clase media, halagadas por la libertad en su manera de vivir, y con la esperanza de enriquecerse, principalmente con los bienes de la Iglesia; los pequeños arrastrados por una falsa creencia; de tal manera, que se puede decir, que en los primeros hay ambición, en los segundos robos, y en los terceros ignorancia. Sirviéndose los grandes de la religion como de mediadora, podían alabarse de haber obtenido en gran parte lo que se habían propuesto; porque el nombre del príncipe de Condé y el del almirante no eran ni menos amados ni menos temidos que el del rey y la reina. La clase media avanzaba también todos los días en sus designios, y los últimos, es decir, el pueblo bajo, se figuraba que con esta nueva religion alcanzaba el paraíso. En cada provincia de este reino tenían un jefe principal que se encontraba opuesto al gobernador del rey, y á ve-

Catalina no pudo mantener la balanza entre dos ambiciosos, menos afectos á los intereses religiosos que avaros de apropiarse la autoridad de un rey de corta edad, y huyó. Pero el duque de Guisa, que había entrado triunfante en Paris, se dirigió con los triunviros á Fontainebleau, donde se apoderó del rey y de su madre, para darse una apariencia de legitimidad. Tomó Condé á Orleans, ciudad que era considerada como la primera del reino, después de la capital. Los calvinistas en que abundaba, formaron una asociación con el pretexto de libertad *al hijo y á la madre*, por quien se decían llamados. Tomaron varias ciudades, corrió la sangre, destruyéronse los monumentos, saqueáronse los tesoros de las iglesias, al paso que los católicos, por su parte, no dejaban de fortificarse ni de tomar la ofensiva (16).

El rey, ó más bien el triunvirato declaró á los

ces le llamaban también ellos gobernador de los suyos; tenía bajo su dependencia á otros varios jefes y á otros muchos subordinados; según su condicion y calidad, que, estendidos por el país con autoridad y poder (porque todos eran caballeros honrados y de noble sangre), favorecían y empleaban á los pequeños. Después de ellos seguían los ministros que instruían las poblaciones con esquisito cuidado, las confirmaban en su opinion, y se esforzaban por todos los medios en seducir á otras. He dicho con esquisito cuidado, pero para hablar con más exactitud, debo emplear el superlativo, y decir, con muy esquisito, hasta tal punto, que si nuestros curas empleasen solamente la mitad, el cristianismo no se encontraría en la confusión en que se encuentra en el día. Recaudaban con frecuencia dinero en sus iglesias, contribuyendo con prontitud y largueza todos los pequeños, y este dinero lo remitían á los grandes y á las personas de la clase media. Sin este socorro, los príncipes no hubieran podido atender á los gastos que hacían, porque estos gastos eran más propios de un rey que de un pequeño príncipe ó un simple caballero. Resultaba, pues, de esta organización y de estas intenciones asociadas de esta manera, una voluntad concordante, una union tan grande entre ellos, que los disponía á obedecer al momento, á entenderse uno con otro, y muy pronto á ejecutar lo que disponían sus superiores. De este modo pudieron, en día y hora determinado, suscitar con gran secreto turbulencias en diferentes partes del reino, levantándose para una guerra cruel y peligrosa para todos.

(16) Enviado Montluc á Guiana para mandar allí, nos refiere con admirable ingenuidad la condicion del país y las ejecuciones que disponía: «Los ministros predicaban públicamente, que, si los católicos adoptaban su religion, no pagarían nada á los caballeros, ni al rey ninguna talla, sino lo que se dispusiese por ellos; otros predicaban que los reyes no podían tener otro poder que el que quisiese el pueblo; otros, que la nobleza no era más que ellos; y en efecto, cuando los procuradores de los caballeros pedían las rentas á sus arrendatarios, les contestaban, que les enseñasen en la Biblia si debían pagarlas ó no, y que si sus predecesores habían sido tan tontos ó bestias, ellos no querían serlo. Algunos de la nobleza comenzaban á ceder, de tal suerte, que entraban en composición con ellos, rogándoles les dejasen vivir con seguridad en sus casas con sus labranzas; y con respecto á las rentas y los feudos no les pedían nada. Ir á caza, no había hombre tan atrevido que

protestantes rebeldes, asalarió suizos, y se procuró alianzas con Alemania, España, Saboya é Italia: nuevos socorros llegaron por otra parte al príncipe de Condé, principalmente de Isabel de Inglaterra, á quien se le dió el Havre de Grace en garantía; pero los socorros que proporcionó y los que dió Felipe fueron cortos, tanto como pueden serlo los que dan potencias que no les desagrada ver á sus vecinos degollarse en provecho suyo.

Ya la guerra se hallaba empeñada. Murió el rey de Navarra (1562) bajo las murallas de Ruan; Condé fué hecho prisionero por el intrépido duque de Guisa que partió con él su lecho; los reformados tomaron por jefe al almirante de Coligny, pero en este estado el duque de Guisa fué asesinado por un protestante bajo las murallas de Orleans. Habiendo quedado Catalina dueña del reino con su muerte, negoció la paz (1563). Permitió á los reformados, por el edicto de Amboise, el libre ejercicio de su religion, concediéndoles amnistia por lo pasado; y vendió, con objeto de pagar los gastos de la guerra, tres millones de bienes del clero, cosa extraordinaria en Francia.

Aunque solo un año de guerra intestina ascendió la deuda pública de cincuenta y tres á sesenta millones, cuando las rentas apenas llegaban á nueve, de las cuales sólo se cobraba una tercera parte en los años de turbulencias, Catalina tenía la corte mas espléndida de Europa. Cuando no le era posible ostentar magnificencia, lo suplía con la gracia y el gusto. Prodigaba las expediciones y fiestas á los que odiaba más: intentó reunir á la corte, con las conivencias y la corrupcion, á los grandes, que se corrompieron sin unirse á ella. Sus camaristas, cuyo número ascendió á cincuenta, se elegían entre las primeras familias de Francia; también había otras que no tenían más recomendacion que su belleza y finura. Tan pronto iba con ellas á brillantes cabalgatas, cacerías ó justas, donde se jugaba á la sortija, como les hacia ejecutar baladas que ella misma componía sobre asuntos sacados del *Orlando furioso* ó del *Amadis*. Protegiendo á los artistas y á los sábios, confió á Amyot la edu-

to hiciese, porque iban á matar los galgos y los perros en medio del campo, y apenas se atrevían á decir una palabra, etc.

Encontróse, pues, obligado Montluc, *contra su natural*, á usar, *no sólo de rigor, sino de crueldad*; y mereció de esta manera el título de *Conservador de la Guiena*. Habiendo asesinado los protestantes al señor de Fumel, Montluc hizo poner presos á los culpables, de los cuales, treinta ó cuarenta fueron ahorcados ó enroscados en un día. Informado de que había en la Gironda cerca de ochenta hugonotes, hizo apoderarse de setenta de ellos, y ahorcarlos de los pilares de la plaza, *sin más ceremonia*, lo que, añade, causó gran temor al país, en atencion á que un ahorcado causa más espanto que cien muertos. En el espacio de un año, que Sommeive gobernó la Provenza, hizo perecer en el cadalso á setecientos setenta hombres, cuatrocientas sesenta y tres mujeres y veinte y cuatro niños.

cacion de su hijo; conoció el mérito de Montaigne antes que hubiese publicado nada; admiraba á Ronsard, sol poético de la época, y tuvo particular cariño á Brantome. Jodelle, Baif y Dorat llevaron el celo hasta querer excusar sus faltas. Hizo construir el palacio de las Tullerías, y dió ocupacion al cincel de Juan Gouyon, apellidado el Fidiás francés (17). Esto no le impedía en caso de necesidad montar á caballo como una *bella Marfisa*,

(17) Juan Correr, embajador de Venecia, escribía en 1569: «Esta reina tiene parte del carácter de sus antepasados; en su consecuencia, desea dejar fama después de su muerte con edificios, bibliotecas, colecciones de antigüedades; ha comenzado todo esto, pero ha tenido que abandonarlo para ocuparse de otra cosa. Se manifiesta princesa afable, cortés y amable con todos, hace alarde de no despedir á nadie sin que vaya satisfecho, y contesta al menos á las personas con palabras, de las cuales es muy liberal. Es asidua en los negocios, con gran admiracion de todos, porque no se hace ni se trata de nada, por poco importante que sea, sin su intervencion. Ni come, ni bebe, y apenas duerme, sin tener alguno que le hable al oido. Corre de una parte á otra en los ejércitos, haciendo lo que deberian hacer los hombres, sin cuidar absolutamente de su vida. A pesar de todo esto, no es amada de nadie en este reino, y si lo es, son contados. Los hugonotes dicen que los entretenía con buenas palabras y fingidas caricias, y que por otra parte se entendía con el rey católico y maquinaba su destruccion. Los católicos, por el contrario, que si no hubiera engrandecido y favorecido á los reformados, no hubieran adelantado tanto. Además, en la actualidad en Francia todos están llenos de presuncion, y piden con osadia lo que se imaginan; si se les niega, acusan á la reina; porque, siendo extranjera, les parece, que aun cuando lo diese todo, no daba nada suyo. También se la han atribuido las resoluciones tomadas para la paz ó la guerra, de que han quedado descontentos, como si fuera ella la única que gobernase, sin adoptar el parecer y consejo de otras personas. No diré que la reina sea una sibila, que no pueda engañarse, y que su majestad no confie algunas veces demasiado en sí misma; pero sí diré, que no conozco príncipe, por sabio y experimentado que fuera, que no se hubiese visto perplejo al considerar á su espalda una guerra, en la cual hubiera sido difícil distinguir á sus amigos de sus enemigos, y queriendo atender á ella, verse precisado á emplear en la accion y en el consejo á los que le rodeaban, con conocimiento de que todos estaban interesados, y que parte de ellos eran poco fieles. Repito que ignoro qué príncipe, á pesar de la mayor prudencia, no hubiera errado en medio de tantos obstáculos, y con mayor razon una mujer extranjera, sin tener nadie de quien fiarse, asaltada de temores, y sin oír nunca una palabra de verdad. Con respecto á mí, me ha admirado que no se haya perdido y entregado enteramente á uno de los dos partidos, lo cual hubiera sido la ruina total de todo este reino: ha conservado, no obstante, la poca majestad real que aun se conoce en aquella corte; esta es la razon, por la que, más bien me ha causado lástima, que la he acusado. A ella misma se lo he declarado así en la ocasion oportuna, y pesando su majestad conmigo las dificultades en que se encontraba, me ha confirmado en esta manera de ver, y me lo ha hecho recordar más de una vez. Sé que la han visto llorar en su gabinete; mas haciendo un esfuerzo sobre sí misma, y limpiándose los ojos, se mostraba con el semblante risueño en los lugares públicos, con objeto de no alarmar á los que juz-

para ir á sitiar el Havre y afrontar los cañones de Ruan.

Durante este tiempo todo parecia convertirse en italiano y adoptar una tinta de paganismo. Ronsard y sus amigos sacrificaban un macho cabrío á Baco; los escritos estaban llenos de alusiones mitológicas, al paso que los de los reformados se manifestaban enteramente bíblicos. Cuando Amyot publicó su traduccion de Plutarco, todos quisieron imitar á los *hombres ilustres*: el duque de Guisa tomó por modelo á Escipion; el mariscal de Brissac, á Fabio; el condestable, á Caton el Censor; Châtillon, á Caton de Utica; sólo Carlos IX permaneció extraño á lo que tenía de generoso aquella mania de heroísmo. Enrique Estienne y algunos otros conservadores del buen gusto, criticaban aquella mezcla bastarda de francés italianizado; y los poetas, italianos y cortesanos, eran envueltos por el pueblo en un odio comun.

Entre los calvinistas y católicos se interpusieron un gran número de sectarios, que bajo la apariencia de cristianos, eran verdaderos epicúreos, que pensaban en gozar, y no en lo que viene después de la muerte. Llamábanse *políticos*, y á la manera de los filósofos del siglo pasado, tenían la razon por único Dios; creían que la religion era muy á propósito para reprimir al pueblo, al paso que con el ateísmo crecían las supersticiones y la creencia en las hechicerías; eran egoístas en su tolerancia, humanos por escepticismo y sólo poseían la moderacion de la indiferencia. Los cortesanos se divertían con ellos; pero las personas graves y el pueblo se escandalizaban é irritaban. Los jesuitas fulminaron anatemas desde el púlpito contra estos incrédulos. Garasse se hizo órgano bufon de la reaccion moral, al paso que Teófilo de Viau fué el campeón del libertinaje, lo que le valió ser quemado en estatua (18). La clase baja se entusiasmaba con el catolicismo; la ciudad

gaban del estado de las cosas por la expresion de su semblante. Volvía de nuevo á entregarse á los asuntos, y no pudiendo obrar á su manera, se acomodaba en parte á la voluntad de éste, y en parte á la de aquél; obrando de modo, que se hablaba de ella en todo el mundo poco favorablemente á su honor. *Relaciones*, etc. II, 154.

(18) Se lee en el *Paseo de los hombres honrados, ó juicio de nuestro siglo*, sátira de 1625: «Buen aspecto, gallardo, rizado, peinado y perfumado; frecuentando el juego y... calumniando á las mujeres honradas que no han querido escucharle, alabándose de las que han sido tan tontas que han cedido; no pagando sus deudas; en los campos haciendo de pequeño rey; sacando contribuciones á sus vasallos, y forzándolos á trabajar; maltratando á unos, hiriendo á otros y verificando matrimonios á su antojo. Causa lástima tener que vivir con ellos. Si se declara la guerra se capitula con el rey, no se le sirve si no paga, lo toma todo para sí, alista á aquellos pobres y mal vestidos soldados, que corren tras de las gallinas y cerdos de nuestras casas de campo. Sin dejar nada de lo que pueden comer ó llevarse, y el pobre campesino y su deplorable familia inclinan la frente bajo este insoportable peso.»

de Paris era en extremo devota y asistía con avidez á los suplicios de los hugonotes, y gritaba con ira cuando veía que la corte los toleraba ó que se inclinaba á formar alianzas protestantes.

El rey, á quien Hospital habia aconsejado se le declarase mayor para sustraerle al dominio del príncipe de Condé (1563), confió á su madre la direccion de los negocios (19). Fluctuando Catalina entre los reformados y los católicos, y entregándose á la esperanza de arruinar á los unos con los otros, descontentó á ámbos partidos. En fin, aceptó el partido de los católicos por no elevar demasiado al príncipe de Condé, y se unió más estrechamente á la España: entonces fué cuando entabló (1565) en el congreso de Bayona, donde se daban torneos y fiestas, conferencias con el duque de Alba, sobre los medios de esterminar á los disidentes. Recelosos éstos, se prepararon á resistir, ocuparon varias plazas, y trataron de sitiar por

(19) Entre las numerosas cartas de Catalina de Médicis á su hijo, hay una muy larga, en la que le da consejos sobre el modo de recibir á la corte, antes de la matanza de San Bartolomé. Se felicita con él «de haberlo arreglado todo para la paz que Dios les ha dado, sin perder un momento en reponer las cosas con arreglo al orden y á la razon, sobre todo lo que corresponde á la Iglesia y á la religion. Debe, para conservarla, vivir y servir de ejemplo, esforzarse en entregarse enteramente á ella, conservar á los buenos, y purgar el reino de los malos...»

«Desearia que adoptaseis una hora fija para levantaros de la cama, y que para contentar á la nobleza hiciéseis como vuestro difunto padre, que hacia entrar, cuando cogia su camisa y vestidos, á todos los príncipes, señores, capitanes, caballeros de la orden, gentiles hombres de cámara, alcaides de palacio, gentiles hombres de servicio, hablando con todos, lo que les causaba gran placer.»

Le recomienda no dejar que den las diez sin ir á misa, y comer á las once; determina el tiempo que ha de dedicar á los negocios, á la caza y á los placeres; le aconseja de bailes dos veces á la semana; «pues he oido decir al rey vuestro abuelo que, para vivir en paz con los franceses y hacerse amar de ellos, es necesario mantenerlos alegres, y ocupados en algo.»

Añade diversos detalles sobre la buena administracion de la casa de Francisco I: «Dos porteros no dejaban entrar á nadie en el patio de palacio, á menos que no fuesen los hijos del rey, sus hermanos, sus hermanas, en caruaje, á caballo ó en silla; por la noche, después que el rey se habia retirado, cerraban las puertas, y ponía la llave bajo su almohada... Cuando se presentan los empleados de las provincias, tened cuidado de hablar con ellos... lo cual he visto hacer á los reyes vuestro padre y vuestro abuelo, hasta el punto de informarse, cuando no sabían de qué hablar, de lo que pasaba en su casa, sólo por decir algo... de esta manera, las imposturas inventadas para despreciarlos á los ojos de vuestros súbditos serán conocidas de todos... Olvidaba otro punto muy importante, muy fácil de poner en práctica, si lo aprobais; y es que tengais en todas las ciudades del reino, tres ó cuatro principales mercaderes considerados por sus conciudadanos, á quienes favorezcáis mucho, sin que los demás lo noten y puedan decir que engañais á los privilegiados: de tal modo, que no se haga ni se diga nada en el cuerpo de la ciudad ó en las casas particulares, de que no seais informado.»